

Bates echa mano de la religión

Busqué a Jehová, y él me oyó. Salmo 34:4.

El padre de Bates había sido un hombre religioso e intentó, sin mucha suerte, criar a su hijo de modo que fuese espiritual. Sin embargo, en 1807, una de las oleadas de reavivamiento del segundo Gran Despertar sacudió profundamente al joven José. Pero el interés le duró poco, después de que la carrera marítima desviara su vida.

Sin embargo, el mar tiene su forma de hacer que un marinero dirija su vista a Dios, especialmente cuando viajan en barquitos de madera. Según expresó Bates posteriormente, en los mares tormentosos, “el espesor de un tablón era lo único que nos separaba de la eternidad”. Fue ante la posibilidad de perder ese tablón que Bates sitúa sus primeros indicios religiosos. En medio de un furioso huracán de cuatro días, que levantaba olas de la altura de los mástiles, el joven capitán hizo dos cosas por desesperación: arrojó cuarenta toneladas de hierro al mar y tomó la inédita medida de pedir al cocinero que orara.

El cocinero no era el único que oró; también lo hacía la esposa de Bates, Prudy. Más allá de eso, como creyó que su esposo había empacado demasiadas novelas y libros de romances para sus viajes, Prudy introdujo un Nuevo Testamento y otras publicaciones cristianas en su equipaje. A través de ellos, el Espíritu Santo efectuó su obra característica. Pronto, Bates había perdido el interés en leer solamente para entretenerse y comenzó a devorar libros como *Rise and Progress of Religion in the Soul* [Surgimiento y progreso de la religión en el alma], de Philip Doddridge. El capitán, de 32 años, se estaba volviendo religioso. Pero, temía que sus oficiales y los demás hombres pudieran descubrirlo y burlarse de él.

El momento decisivo llegó con la muerte de un marinero llamado Christopher. Como capitán, era deber de Bates supervisar el entierro. Sin embargo, se sentía muy indigno.

Después de hacer lo mejor de su parte, cuatro días después del entierro entregó su vida a Dios, y “prometí al Señor que lo serviría el resto de mi vida”.

El significado de la sepultura de Christopher no solo afectó a Bates; utilizó la ocasión para estimular a su tripulación, al predicar un sermón sobre la vida eterna el domingo siguiente.

Viéndola en retrospectiva, Bates consideraba que su conversión fue hallar “la Perla de gran precio, que valía muchas más riquezas de lo que mi embarcación pudiera contener”. Su único deseo, observó, “es que pueda enseñar [a otros] el camino de la vida y la salvación”.

Y eso fue lo que enseñó. Esa misión dominó el resto de su vida.

Servimos a un Dios poderoso, que puede cambiar la vida de nuestros hijos e hijas; y la nuestra también.

Un reformador suelto

Escudriñemos nuestros caminos, y busquemos, y volvámonos a Jehová. Lamentaciones 3:40.

En su último viaje (el que hizo después de su conversión), Bates creía que su deber no solo era convertir a su tripulación al cristianismo, sino también asegurarse de que se comportaran como cristianos, aun antes de que llegaran a serlo.

De modo que, a la puesta del sol del 9 de agosto de 1827 (el día que zarparon del puerto), reunió a su tripulación, y definió las reglas y las regulaciones que regirían el viaje. Debía haber sido un sobresalto para los rudos marineros que estaban frente a él. No solo debían dejar de maldecir, sino además debían mostrar respeto mutuo, al usar los nombres propios en vez de los sobrenombres. Tan radical era la pauta que no tendrían salida los domingos mientras estuviesen en el puerto. En vez de eso, proclamó el capitán, “guardaremos el día de reposo” a bordo del barco.

La tripulación, en su mayoría, quedó sentada en silencio ante las proclamaciones. Algunos expresaron opiniones en contra, pero ¿qué iban a hacer? Después de todo, ya habían zarpado, en un viaje que probablemente les llevaría 18 meses.

Pero, la verdadera bomba todavía no había caído. *The Empress* [La emperatriz], anunció Bates, sería un barco temperante. No habría licor ni otras bebidas alcohólicas a bordo; y, si pudiera, los persuadiría de no beber nunca, aun estando en tierra.

En ese momento Bates se arrodilló, y se entregó a sí mismo y a la tripulación a Dios.

Esa era la atmósfera de lo que debió haber sido un viaje extraño para la tripulación. No conocemos todos sus sentimientos, pero un integrante de la tripulación exclamó que habían zarpado a “un muy buen comienzo”; y al menos otro dijo que era un muy mal comienzo.

En ese viaje, Bates comenzó a tener una mejor comprensión del sábado. El viaje fue testigo de que Bates leyó al menos dos de los *Five Discourses on the Sabbath* [Cinco discursos sobre el sábado], de Seth Willinston. En la primera lectura, Bates declaró que no sabía que la Biblia hablara tanto sobre el tema. Por supuesto, señaló, “fue cambiado al primer día de la semana”, como recordativo de que en ese día “nuestro Salvador resucitó, triunfante, de la tumba”. Pocas semanas después, escribió que “cuanto más leo y reflexiono sobre este día santo [domingo], más me convengo de la necesidad de santificarlo por completo”.

El cristianismo fue determinante en la vida de Bates. Cambió cada una de sus facetas. Y así debe ser, si hemos hallado a Cristo como nuestro Salvador y Señor. Seguir sus pasos es llevar una vida radicalmente diferente de la del mundo que nos rodea.

Bates descubre la reforma final

Pero nosotros esperamos, según sus promesas, cielos nuevos y tierra nueva, en los cuales mora la justicia. 2 Pedro 3:13.

Primera, Bates recibió la enseñanza del pronto regreso de Cristo a través de un pastor local. Pero, la idea no progresó mucho en su mente hasta 1839. En el otoño de ese año, oyó hablar de la predicación de Guillermo Miller acerca de que Cristo vendría alrededor de 1843.

Cuando Bates puso objeciones a la idea, alguien le explicó que Miller usaba una gran cantidad de versículos bíblicos para demostrarlo. Pronto, Bates asistió a una serie de reuniones adventistas, y “se sorprendió mucho al saber que cualquiera podía mostrar algo acerca del tiempo de la segunda venida del Salvador”. En el camino de regreso, después de la primera conferencia, dijo a su esposa: “Esa es la verdad”.

Su próximo paso fue leer *Evidence From Scripture and History of the Second Coming of Christ, About the Year 1843* [Evidencias bíblicas e históricas de la segunda venida de Cristo, alrededor de 1843], de Miller. Bates aceptó de todo corazón la enseñanza de Miller, y se transformó en el primero, de quienes más adelante llegarían a ser adventistas del séptimo día, en abrazar el movimiento millerita del advenimiento y participar en él.

El millerismo pronto dominó la vida de Bates, y a la larga usurpó el tiempo que anteriormente había dedicado a la reforma social. En ese momento, algunos de sus amigos le preguntaron por qué ya no asistía a las reuniones de las sociedades de temperancia y las abolicionistas. “Mi respuesta fue”, les dijo, “que al abrazar la doctrina de la segunda venida del Salvador, me pareció suficiente para comprometer todo mi tiempo a prepararme para ese acontecimiento y ayudar a los demás a hacer lo mismo; y que todo el que acepta esta doctrina es, y necesariamente debe ser, defensor de la temperancia y de la abolición de la esclavitud”.

Bates llegó a decir a sus amigos que “se podría lograr mucho más si se trabajara en la fuente” del problema. Al fin y al cabo, los vicios que las diversas sociedades reformistas procuraban erradicar eran producto de la existencia pecaminosa. Pero, el regreso de Cristo daría lugar a una “eliminación repentina y total de todo mal”. Por lo tanto, el millerismo, para Bates, se convirtió en “la reforma fundamental”. Había llegado a la conclusión de que “la humanidad corrupta no podría reformar la corrupción”: la venida de Cristo sería la única solución verdadera y permanente.

Desde el comienzo, Bates se convirtió en un líder importante en el millerismo, al ser uno de los 16 que citó al primer Congreso General en 1840 y presidió el de mayo de 1842. Esas responsabilidades lo colocaron en una posición desde la cual, a la larga, pudo gestionar el surgimiento del adventismo sabatariano a finales de la década de 1840.

Dios dirigió la vida de Bates paso a paso. Y hace lo mismo por ti y por mí. Nuestro trabajo es no adelantarnos, sino seguir su dirección día a día.

Conozcamos a Jaime White

Vino palabra de Jehová a Jonás [...] diciendo: Levántate y ve a Ninive, aquella gran ciudad, y pregona contra ella; porque ha subido su maldad delante de mí. Y Jonás se levantó para huir de la presencia de Jehová. Jonás 1:1-3.

Algunos escuchamos el llamado del Señor a predicar la Palabra, pero no estamos del todo dispuestos a hacerlo. Así ocurrió con Jaime White, la segunda persona que contribuyó a la fundación del adventismo del séptimo día.

Jaime nació en Palmyra, Maine, el 4 de agosto de 1821. “A los quince”, informa, “me bauticé, y me uní a la iglesia [de la Conexión] Cristiana. Pero, a los veinte años me había enterrado en el espíritu del estudio y la docencia, y habían depuesto la cruz. Nunca había descendido al pecado común de la blasfemia, y no había usado tabaco, té ni café, ni había acercado un vaso de licor espirituoso a mis labios. No obstante, amaba a este mundo más de lo que amaba a Cristo y todo lo relacionado con él, y estaba adorando a la educación en vez de al Dios del cielo”.

El joven Jaime había oído hablar del millerismo, pero lo consideraba un “fanatismo descabellado”. Con ese estado de ánimo, se sorprendió al oír que su madre, en quien confiaba, hablaba a favor de la doctrina adventista. No estaba preparado para el impacto que le causaría, en parte porque ya había hecho planes para su vida. Pero, no pudo evitar convencerse de su veracidad.

“Cuando regresé al Señor”, informa, “fue con una fuerte convicción de que debía renunciar a mis planes mundanales y entregarme a la obra de advertir a la gente que se preparara para el día de Dios. En general, me encantaban los libros; pero en mi estado apóstata, no tenía tiempo ni afición para el estudio de las Sagradas Escrituras. Por lo tanto, ignoraba las profecías”.

Más específicamente, Jaime White se sintió impresionado a visitar a los alumnos que había estado preparando en una escuela pública local. “Oré para que se me excusara de esa tarea”, escribió, “pero no sentí ningún alivio”. En ese estado mental, se fue a trabajar en los campos de su padre, “con la esperanza de poder desahogarme de los sentimientos bajo cuyo peso sufría”.

Pero, no pudo. Entonces, Jaime oró pidiendo consuelo, pero no lo recibió. Finalmente, “mi espíritu se levantó en rebelión contra Dios, y dije precipitadamente: No iré”. Con un fuerte pisotón puso fin al asunto, y se dispuso a hacer su vida.

La experiencia de Jaime White no es muy diferente de la del resto de nosotros. Oímos el llamado de Dios para que hagamos esto o aquello, y damos un pisotón o nos resistimos.

Pero, Dios no se da por vencido. Tiene un plan para cada uno de nosotros. ¿Cuál es su plan para ti hoy? Y, lo que es más importante, ¿cuál será tu relación con su voluntad?

Predicador a pesar de sí mismo

Te encarezco delante de Dios y del Señor Jesucristo [...] que prediques la palabra; que instes a tiempo y fuera de tiempo; redarguye, reprende, exhorta con toda paciencia y doctrina. 2 Timoteo 4:1, 2.

Ayer dejamos a Jaime White todavía rebelándose contra el llamado de Dios. “Finalmente”, informa, “resolví que haría mi deber”. Poco después, una “dulce paz de parte de Dios inundó mi mente, y el cielo parecía brillar a mi alrededor. Levanté las manos, y alabé a Dios con voz de triunfo”. Sus luchas con sus ambiciones terrenales no terminaron, pero al menos avanzaba en la dirección correcta.

El testimonio de Jaime causó un impacto desde el mismo comienzo. En un lugar, una dama reunió a unos 25 vecinos; ninguno de ellos profesaba ser cristiano. Él dio su testimonio y luego se inclinó para orar. “Me quedé asombrado”, escribió, “al descubrir que estos 25 pecadores se inclinaron conmigo. No pude más que llorar. Todos lloraron conmigo”.

Estaba teniendo éxito. Pero se sentía constantemente desgarrado entre sus ambiciones terrenales y el llamado de Dios a predicar el advenimiento inminente. “La lucha”, expresó, “era intensa”. Después de una ocasión en la que “se sintió avergonzado” porque su predicación fue muy improvisada debido a la falta de conocimiento bíblico, quedó impactado al saber que algunos oyentes lo llamaban “pastor White”. “La palabra pastor”, recordaba, “me cortó el corazón. Estaba confundido y casi paralizado”.

Las cosas continuaron bastante bien, hasta que intentó hablar en presencia de dos predicadores que no habían aceptado la doctrina del advenimiento. Después de veinte minutos, se “confundió y se avergonzó, y se sentó”. En ese momento, señala, “finalmente abandoné todo por Cristo y su evangelio, y hallé paz y libertad”.

Más allá de la entrega, Jaime entendió que si iba a ser un predicador exitoso necesitaba prepararse para la tarea. Como resultado, nos manifiesta que compraba “publicaciones adventistas, las leía con atención, estudiaba la Biblia”, y hablaba públicamente a medida que Dios abría el camino.

Podemos encontrar una lección en la experiencia de Jaime White para todos nosotros. Por supuesto, no todos somos llamados a ser pastores, pero Dios convoca a todos a que utilicemos los talentos que nos ha dado. Algunos sostienen una lucha constante para responder. La buena noticia es que Dios no pierde la paciencia con nosotros. Así como lo hizo con Jaime, continuará obrando *en* nosotros, a fin de poder trabajar *a través de* nosotros. Nuestra oración diaria debe ser para que no solo Dios nos muestre su voluntad, sino también nosotros aceptemos su voluntad para nuestra vida.

Nadie dijo que sería fácil

Sé prudente en todas las circunstancias, soporta los sufrimientos, dedícate a la evangelización; cumple con los deberes de tu ministerio. 2 Timoteo 4:5, NVI.

Nadie dijo que hacer la voluntad de Dios sería fácil; al menos, no lo fue para el predicador Jaime White, recientemente comprometido. Para empezar, era pobre. Al salir al “gran campo de cosecha”, recordaba, “no tenía caballo, ni montura, ni riendas ni dinero, y sin embargo sentía que debía ir. Había usado mis últimos ingresos del invierno en ropa necesaria para asistir a las reuniones de la Segunda Venida, y para la compra de libros y el gráfico [profético]. Pero, mi padre me ofreció usar un caballo para el invierno, y el pastor Polley me dio unas riendas con los cojinillos arrancados, y varios pedazos de una rienda vieja”.

Era pobre, pero de todos modos salió. Sin embargo, no todos estaban felices con su llegada. En un lugar, informa que una bola de nieve casi le arrancó la cabeza mientras oraba. Luego, recibió un diluvio de bolas de nieve junto con el ruido de una turba, por lo que tuvo que gritar para sobreponerse. “Mi ropa, y también mi Biblia”, recordaba, “estaban mojadas por los fragmentos derretidos de cien bolas de nieve”.

El qué hacer se volvió un desafío. “No era tiempo para la lógica”, concluyó, “así que cerré la Biblia y entré a describir los terrores del Día de Dios [...]. Arrepiéntanse y conviértanse” fue su llamado. Al final de la reunión, cerca de cien personas se levantaron para orar.

Dios nunca dijo que sería fácil. Pero, solo porque el camino sea duro no significa que la bendición de Dios no esté con nosotros. Jaime White, como predicador joven, aprendió a crecer a pesar de las dificultades. Y, en el proceso, desarrolló abordajes innovadores para hablar al corazón y la mente de la gente.

En un lugar ruidoso, donde se le hacía difícil incluso llegar hasta el púlpito, las primeras palabras que oyeron de sus labios fueron un canto alto y claro:

“Verán al Señor venir,
Verán al Señor venir,
Verán al Señor venir,
En pocos días más,
Mientras un conjunto musical,
Mientras un conjunto musical,
Mientras un conjunto musical,
Cantará por el aire”.

Su canto no solo acalló a la multitud, sino también expresaba esperanza en la pronta Venida, por la cual había dado la vida. Dios nunca nos dijo que sería fácil seguir a Jesús. Pero, sí prometió bendiciones ilimitadas cuando lo sigamos.

Conozcamos a Elena de White

Acuérdate de tu Creador en los días de tu juventud. Eclesiastés 12:1.

“**M**ientras estaba orando ante el altar de la familia, el Espíritu Santo descendió sobre mí, y me pareció que me elevaba más y más, muy por encima del tenebroso mundo. Miré hacia la Tierra para buscar al pueblo adventista, pero no lo hallé en parte alguna, y entonces una voz me dijo: ‘Vuelve a mirar un poco más arriba’. Alcé los ojos, y vi un sendero recto y angosto trazado muy por encima del mundo. El pueblo adventista andaba por ese sendero, en dirección a la ciudad que se veía en su último extremo” (PE 14). Esas palabras registran parte de la primera visión celestial de Elena G. Harmon, de 17 años de edad, en diciembre de 1844.

Elena y su hermana melliza nacieron el 26 de noviembre de 1827. Eran las más pequeñas de una familia de ocho hijos en Gorham, Maine. Su padre, fabricante y vendedor de sombreros, finalmente se mudó con la familia a Portland, Maine.

Fue en Portland que Elena, entonces de nueve años, experimentó un accidente que la afectó profundamente. Estuvo al borde de la muerte durante varias semanas, al ser golpeada por una piedra arrojada por una compañera de la escuela. Finalmente se recuperó, pero la experiencia la dejó tan mal de salud que no pudo continuar su educación formal, aunque lo intentó de todo corazón. La mala salud continuaría atormentándola durante la mayor parte de su vida.

Sin embargo, su incapacidad para asistir a la escuela no detuvo su educación informal. Sus bocetos autobiográficos reflejan a una joven con una mente penetrante y un carácter sensible. Y el tamaño de su biblioteca personal, al momento de su muerte, indica que poseía una amplia cultura en una variedad de temas.

Su sensibilidad no solo se muestra en su relación con los demás, sino también con Dios; de hecho, incluso una lectura casual de su autobiografía lleva a la conclusión de que se tomó muy en serio la religión desde sus primeros recuerdos.

El pensamiento de que Jesús podría volver en cuestión de años traumaba especialmente a la joven Elena. Primero, descubrió por casualidad esa enseñanza a los ocho años, cuando de camino a la escuela levantó un trozo de papel que indicaba que Jesús podría venir en pocos años. “El terror se apoderó de mí”, escribió. “Me impresioné tan profundamente [...] que apenas pude dormir durante varias noches, y oraba continuamente para estar lista cuando viniera Jesús” (NB 22).

Su experiencia temprana nos ayuda a ver la verdad de que algunas cosas que tememos, a la larga, pueden convertirse en la esperanza de nuestra vida, especialmente cuando llegamos a entender mejor el carácter de Dios.

Luchando con Dios

Creo; ayuda mi incredulidad. Marcos 9:24.

La experiencia religiosa no es igualmente placentera para todos. Esto es especialmente cierto para aquellos que tienen un carácter sensible. Y la joven Elena era una de esas almas sensibles.

Ayer, descubrimos que “el terror se apoderó” de ella cuando de niña leyó sobre la proximidad del advenimiento. Su temor por la Segunda Venida provenía de varias fuentes. Una era la profunda sensación de indignidad. “Sentía en mi corazón”, escribió, “que yo no lograría merecer llamarme hija de Dios [...]. Me parecía que yo no era lo suficientemente buena como para entrar en el cielo” (*NVB*, 23).

Durante años, Elena luchó con sus temores. Dos creencias falsas agravaban su problema. La primera era que ella tenía que ser buena, o incluso perfecta, antes de que Dios pudiera aceptarla. La segunda era que si verdaderamente se salvaba, tendría una sensación de éxtasis espiritual.

Sus tinieblas emocionales comenzaron a disiparse durante el verano de 1841, cuando asistió a una reunión campestre metodista en Buxton, Maine. Allí, escuchó en un sermón que toda la autosuficiencia y el esfuerzo eran inútiles para ganarse el favor de Dios. Se dio cuenta de que “tan solo al relacionarse con Jesús, por medio de la fe, puede el pecador llegar a ser un hijo de Dios, creyente y lleno de esperanza” (*ibid.*, 24).

De allí en más, fervientemente buscó el perdón de sus pecados y se esforzó por entregarse completamente a su Señor. “Decía yo en mi corazón”, escribió más adelante: “¡Ayúdame, Jesús! ¡Sálvame o pereceré!” “Mi carga me abandonó repentinamente”, nos dice, “y se me alivió el corazón” (*ibid.*, 25).

No obstante, pensó que esto era demasiado bueno para ser cierto. Como resultado, trató de volver a asumir la carga de aflicción y de culpa que habían sido su compañía constante. Según dijo: “No me parecía tener derecho a sentirme alegre y feliz” (*ibid.*, 25, 26). Solo gradualmente comprendió la maravilla de la plenitud de la gracia redentora de Dios.

Pero, a pesar de su nueva comprensión, continuó luchando con las dudas porque no siempre tenía los sentimientos de éxtasis que creía que debía tener si era verdaderamente salva. Como resultado, continuó sintiendo temor de no ser lo suficientemente perfecta como para encontrarse con su Salvador en su venida.

¿Te suena conocida la reacción de Elena? A muchos se nos hace difícil creer que el evangelio realmente es tan bueno como Dios dice que lo es. Finalmente, la solución no son los sentimientos, sino leer las promesas de Dios tal cual están escritas.

Ayúdanos hoy, Señor, en nuestra incredulidad.

Una joven millerita -1

En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis. Juan 14:2, 3.

Elena Harmon había escuchado por primera vez a Guillermo Miller en una serie de reuniones en Portland, Maine, en marzo de 1840. Cuando él regresó para una segunda serie, en junio de 1842, ella asistió gustosa.

Aceptó el mensaje de Miller, pero no podía escapar al temor persistente de que no era “suficientemente buena”. Más allá de eso, el pensamiento de que Dios torturaba a la gente en un infierno eterno la preocupaba.

Mientras Elena tenía esto en mente, su madre le sugirió que buscara consejo de Levi Stockman, un pastor metodista que había aceptado el millerismo. Stockman alivió la mente de Elena, al hablarle “del amor de Dios por sus hijos que yerran y que, en lugar de regocijarse en su destrucción, él anhela atraerlos hacia sí con fe sencilla y confianza. Me habló detenidamente del gran amor de Cristo y del plan de salvación”.

“Puedes retirarte en plena libertad”, le dijo; “regresa a tu hogar confiando en Jesús, porque él no retirará su amor de ninguna persona que busca de verdad” (71 1:34, 35). Esa entrevista fue uno de los momentos decisivos más importantes en la vida de Elena Harmon. De allí en más, consideró que Dios era “como un padre bondadoso y tierno, más bien que como un severo tirano que fuerza a los hombres a obedecerlo ciegamente”. Su corazón “sentía un profundo y ferviente amor hacia él. [Ahora] consideraba que era un gozo obedecer su voluntad, y me era un placer estar en su servicio” (NB 43).

Su nueva comprensión de Dios como un padre tierno ayudó a la joven Elena en diversas formas. Sobre todo, en cuanto a la naturaleza del infierno, un tema que examinaremos más adelante.

La percepción de que Dios es un padre bondadoso también la ayudó a esperar la Segunda Venida con alegre entusiasmo. Vio que no tenía nada que temer de un Ser tal, sino que podía esperarlo todo de él.

Y ¡qué bendita esperanza es esa! Con mucha frecuencia, en el siglo XXI nos vemos atrapados en nuestra vida diaria hasta tal punto que no nos damos cuenta de la magnitud de las promesas de la Segunda Venida.

Por más cosas buenas que nuestro “Padre bondadoso” nos haya dado en esta Tierra, sabemos, por la Biblia, que las que nos esperan serán infinitamente mejores.

Podemos estar agradecidos por nuestro Padre bondadoso.

Una joven millerita -2

Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo; y los muertos en Cristo resucitarán primero. Luego nosotros los que vivimos, los que hayamos quedado, seremos arrebatados juntamente con ellos en las nubes para recibir al Señor en el aire, y así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras. 1 Tesalonicenses 4:16-18.

¡Qué palabras consoladoras! Especialmente para la joven Elena Harmon. Su descubrimiento de Dios como “padre bondadoso” le infundió vigor para hacer sonar la buena noticia de la Segunda Venida, a fin de que otros pudiesen prepararse para el feliz acontecimiento.

Por lo tanto, en contra de su carácter naturalmente tímido, comenzó a orar en público, a compartir con otros, en las reuniones de las clases metodistas, su creencia en el poder salvífico de Jesús y en su pronto regreso; y a ganar dinero para comprar materiales impresos a fin de difundir la doctrina adventista.

La última actividad la fatigó especialmente. Debido a su mala salud, tenía que sentarse recostada en la cama, para tejer medias a 25 centavos por día, para hacer su parte. Intensamente sincera, su convicción se mostraba en cada aspecto de su vida. Llevó a muchas de sus amigas jóvenes a la fe de Jesús.

No solo Elena sentía entusiasmo por la verdad adventista predicada por Miller, sino también sus padres y sus hermanos. Pero su congregación metodista local, que enseñaba que Cristo no vendría hasta después de mil años de paz y plenitud, no apreciaba la agitación constante de la enseñanza del pronto regreso de Cristo. Como resultado, en septiembre de 1843 expulsó a la familia Harmon de su membresía.

La experiencia de ellos reflejaba la de muchos otros adventistas milleritas de todas partes, que se negaban a permanecer callados sobre el tema del regreso de Jesús en el futuro cercano.

Pero, Elena y la mayoría de los demás milleritas no se preocupaban demasiado por su expulsión de las diferentes confesiones religiosas; después de todo, Jesús aparecería en pocos meses más, y entonces todos sus problemas se terminarían. Con esa esperanza en mente, los creyentes milleritas continuaron reuniéndose con el propósito de animarse, a medida que se acercaba el tiempo predicho.

El gozo llenaba sus corazones. Según diría Elena más adelante, el período que se extendió de 1843 a 1844 “fue el año más feliz de mi vida” (NB 66). Al mirar atrás, nos damos cuenta de que aquellos creyentes estaban errados en cuanto al tiempo del advenimiento, pero no estaban equivocados en cuanto a la esperanza en sí. La bendita esperanza del advenimiento de Jesús todavía es un gozo que llena nuestro corazón con expectación.

El pueblo del Libro -1

Toda la Escritura es inspirada por Dios, y útil para enseñar, para redargüir, para corregir, para instruir en justicia. 2 Timoteo 3:16.

La cuestión más básica para cualquier grupo religioso es la autoridad. Los que iniciaron el movimiento adventista del séptimo día fueron claros sobre el tema. Según afirmó Jaime White a comienzos de 1847: *“La Biblia es una revelación perfecta y completa. Es nuestra única regla de fe y práctica”* (cursiva añadida).

Los sabatarios, como veremos en los días siguientes, desarrollaron sus creencias doctrinales distintivas sobre la base del estudio de la Biblia. Ese hecho no siempre fue obvio para sus detractores. Miles Grant, por ejemplo, argumentó en 1874, en el *World's Crisis* [La crisis mundial] (una revista adventista importante en los primeros días), que “los adventistas del séptimo día afirman que el Santuario será purificado al final de los 1.300 [2.300] días mencionados en Daniel 8:13 y 14, [que] está en el cielo, y que la purificación comenzó en el otoño de 1844. Si alguien llegara a preguntar por qué creen eso, la respuesta sería que la información llegó a través de una de las visiones de la señora E. G. de White”.

Uriás Smith, editor de la *Review and Herald*, una revista adventista, respondió vigorosamente a esa acusación: “Se han escrito cientos de artículos sobre el tema [del Santuario]. Pero, en ninguno de ellos aparecen las visiones a las que se ha hecho referencia como una autoridad sobre el tema, o la fuente de la que se deriva alguna postura que sostenemos. El llamado es invariablemente hacia la Biblia, donde hay abundantes evidencias para las posturas que tenemos sobre este tema”.

Deberíamos señalar que Smith hizo una declaración que cualquier persona dispuesta a revisar la literatura adventista puede verificar o refutar. Paul Gordon ha hecho esto sobre el tema del Santuario en *The Sanctuary, 1844, and the Pioneers* [El Santuario, 1844 y los pioneros] (1983). Sus hallazgos apoyan las declaraciones de Smith.

El hecho es que, mientras que muchos adventistas posteriores han tendido a apoyarse en la autoridad de Elena de White o en la tradición adventista, los primeros adventistas eran el *pueblo del “Libro”*. Los adventistas actuales de todas las convicciones deben notar este hecho, al tratar de descubrir la auténtica historia adventista. La buena noticia es que Dios ha dado en su Libro las palabras de vida. Podemos regocijarnos hoy con el salmista, quien declaró: “En mi corazón he guardado tus dichos, para no pecar contra ti” (Sal. 119:11).

El pueblo del Libro -2

Recibieron la palabra con toda solicitud, escudriñando cada día las Escrituras para ver si estas cosas eran así. Hechos 17:11.

Elena de White estaba en total armonía con Bates y su esposo sobre la centralidad de la Biblia. En su primer libro (1851), escribió: "Recomiendo al amable lector la Palabra de Dios como regla de fe y práctica" (PE 78). Y 58 años después, pasó al frente en el congreso de la Asociación General de 1909 con la Biblia en las manos, diciendo: "Hermanos y hermanas, les recomiendo este libro". Sus últimas palabras pronunciadas en el Congreso de la Asociación General de la iglesia reflejaban el sentimiento de su ministerio a lo largo de más de seis décadas.

Jaime White, en 1847, se refirió al rol único de la Biblia en la formación doctrinal adventista, al afirmar que la Escritura es "nuestra única regla de fe y práctica". En el contexto del ministerio profético de su esposa, escribió que "las visiones verdaderas son dadas para conducirnos a Dios y a su palabra escrita; pero las que se dan para una nueva regla de fe y práctica, aparte de la Biblia, no pueden ser de Dios, y deberían rechazarse".

Cuatro años después, volvió a explicitar ese punto. "Todo cristiano", escribió, "por lo tanto, tiene el deber de tomar la Biblia como una perfecta regla de fe y responsabilidad. Debería orar con fervor para ser ayudado por el Espíritu Santo en la búsqueda de toda la verdad y de toda su responsabilidad en las Escrituras. No tiene la libertad de apartarse de ellas, para aprender cuál es su responsabilidad a través de alguno de los dones. Decimos que, en el mismo momento que hace eso, coloca los dones en un lugar equivocado y asume una posición extremadamente riesgosa. La Palabra debería estar al frente, y los ojos de la iglesia deberían estar sobre ella como la regla por seguir y el fundamento de la sabiduría, para saber cuál es su deber 'en toda buena obra'".

En resumen, los primeros adventistas del séptimo día rechazaban la tradición, la autoridad de la iglesia y hasta los dones del Espíritu como autoridad final en su formación doctrinal.

Con eso en mente, es importante preguntarnos dónde estamos como adventistas hoy (tanto en forma individual como colectiva), en cuanto al tema de la autoridad. En muchos casos, pareciera que somos débiles en la Biblia.

Hoy es el mejor día posible para revertir ese problema. Ahora mismo, mientras oras, deseo que te reconesces al estudio serio y diario de la Biblia. ¿Por qué no empezar con los evangelios, las cartas de Pablo o los Salmos?

Sin embargo, lo importante no es dónde comiences a estudiar, sino que en el espíritu de los pioneros adventistas dediques al menos media hora al estudio de la Biblia cada día. Sé que esto interferirá con tu tiempo para mirar televisión. Pero eso es bueno.

La centralidad de la puerta cerrada

Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo; y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas; y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco. Mateo 25:10-12.

Algunos símbolos bíblicos adquieren más de un significado a través del tiempo. Así fue con el de la puerta cerrada en el adventismo posmillerita, durante la última parte de la década de 1840.

Anteriormente, vimos que ya en 1836 Miller había considerado la puerta cerrada de Mateo 25:10 como el fin del tiempo de prueba para la humanidad. Es decir, antes de que Cristo venga, todo ser humano habrá tomado una decisión a favor o en contra de él.

Desde que Miller asoció la Segunda Venida con la fecha de octubre de 1844, sostuvo que el tiempo de prueba concluiría antes de esa fecha. Continuó sosteniendo esa opinión después del chasco de octubre. El 18 de noviembre de 1844, por ejemplo, escribió que “hemos [terminado] nuestra obra de advertir a los pecadores [...]. Dios, en su providencia, ha cerrado la puerta; solo podemos estimularnos mutuamente a ser *pacientes*”.

Pero, ese no era el único punto de vista sobre los acontecimientos confusos del otoño de 1844. J. V. Himes, por ejemplo, ya el 5 de noviembre había concluido que no se había cumplido ninguna profecía en octubre de 1844. Y si así fuese, la puerta del tiempo de prueba no se había cerrado. Por lo tanto, el pueblo de Dios todavía necesitaba dar el mensaje de salvación.

Por más extraño que nos parezca esto hoy, fueron las diferentes interpretaciones de la puerta cerrada lo que separó las diversas corrientes del adventismo en 1845 y más adelante. Con el fin de comprender las controversias, es importante ser conscientes de que, para comienzos de 1845, la frase “la puerta cerrada” había asumido dos significados:

- (1) El fin del tiempo de prueba;
- (2) Que la profecía se había cumplido en octubre de 1844.

Con ese reconocimiento en mente, podemos pensar en los adventistas de Albany que seguían a Himes como los “adventistas de la puerta abierta”, y en los espiritualizadores fanáticos y en los sabatarios en formación como los “adventistas de la puerta cerrada”.

Jaime White estaba tan empeñado en el hecho de que la profecía se había cumplido al final de los 2.300 días que llegó a caracterizar a los sabatarios como “el pueblo de la puerta cerrada del séptimo día”. (Podemos estar agradecidos de que el nombre no haya quedado...)

Mientras tanto, la tarea teológica de los sabatarios, a fines de la década de 1840, fue separarse de sus primos fanáticos en el sector de la puerta cerrada del adventismo. Eso solo pudo ocurrir mediante un mayor estudio de la Biblia y mediante la conducción de Dios.

Nueva luz sobre el Santuario -1

Y él dijo: Hasta dos mil trescientas tardes y mañanas; luego el santuario será purificado. Daniel 8:14.

Nunca debemos olvidar que quienes llegarían a ser adventistas sabatarios eran de la creencia de la puerta cerrada. Es decir, creían que la profecía de Daniel 8:14 había tenido cumplimiento en octubre de 1844. No tenían dudas en cuanto a la fecha de la profecía. Los intérpretes historicistas de Daniel siempre han coincidido ampliamente en que la profecía de los 2.300 días se cumpliría entre 1843 y 1847. La controversia no había sido por causa de la fecha, sino por lo que ocurriría al final del período de tiempo profético. En otras palabras, había habido un consenso general acerca de la interpretación de la figura simbólica relacionada con la fecha, pero un desacuerdo generalizado en cuanto a la interpretación de los otros dos símbolos proféticos de Daniel 8:14.

La labor teológica que los adventistas debían realizar a raíz del chasco de octubre era descubrir el significado del Santuario y la purificación.

Miller, como vimos antes, había interpretado que el Santuario era la Tierra, y la purificación era la purificación de la Tierra por fuego en la Segunda Venida. Su postura, obviamente, había fracasado. Deberíamos reconocer que algunos habían expresado dudas en cuanto a la interpretación de Miller antes del chasco de octubre. Josiah Litch, por ejemplo, escribió en abril de 1844 que “no se ha demostrado que la purificación del Santuario, que había de tener lugar al final de los 2.300 días, era la venida de Cristo o la purificación de la Tierra”. Volvió a señalar, cuando luchaba con el significado del texto, que lo más probable era que estuvieran “equivocados en cuanto al acontecimiento que marcaba su cierre”.

Esa línea de pensamiento volvió a surgir poco después del chasco de octubre. De modo que Joseph Marsh pudo reconocer, a principios de noviembre: “Admitimos con alegría que nos hemos equivocado en la *naturaleza* del acontecimiento que esperábamos que ocurriera [...] pero todavía no podemos admitir que nuestro gran Sumo Sacerdote *en ese día* no haya cumplido *todo* lo que el tipo justificaría que esperemos”.

Podemos espigar una lección aquí. A veces, estamos más seguros de una interpretación particular de la Escritura de lo que tenemos derecho. Necesitamos ser humildes, y hacer nuestra tarea al estudiar la Palabra de Dios.

Ayúdanos, Padre, a tener la mente abierta a tu conducción progresiva, al estudiar tu Palabra.

Nueva luz sobre el Santuario -2

Ahora bien, el punto principal de lo que venimos diciendo es que tenemos tal sumo sacerdote, el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad en los cielos, ministro del santuario, y de aquel verdadero tabernáculo que levantó el Señor, y no el hombre. Hebreos 8:1, 2.

Años después del acontecimiento, Hiram Edson escribió acerca de la experiencia que afirmó haber tenido el 23 de octubre de 1844, el día posterior al chasco: “Comencé”, escribió, “a sentir que podría haber luz y ayuda para nosotros en medio de nuestra angustia. Les dije a algunos de nuestros hermanos: ‘Vayamos al granero’. Entramos al granero, cerramos las puertas y nos inclinamos delante del Señor.

“Oramos con fervor; porque sentíamos nuestra necesidad. Continuamos orando fervientemente, hasta que recibimos el testimonio del Espíritu de que nuestra oración era aceptada y que se nos daría luz, el chasco sería explicado, aclarado, y sería satisfactorio. Después de desayunar, le dije a uno de mis hermanos [probablemente a O. R. L. Crosier]: ‘Vayamos a ver, y animemos a algunos de nuestros hermanos’.

“Salimos, y mientras atravesábamos un campo grande, me detuve en medio del campo. El cielo parecía abierto ante mi vista, y vi en forma clara y distinta que en vez de que nuestro Sumo Sacerdote saliera del Lugar Santo del Santuario celestial, para venir a la Tierra el décimo día del mes séptimo, al final de los 2.300 días, él por primera vez entraba ese día en el segundo compartimento de ese Santuario; y que tenía una obra que llevar a cabo en el Lugar Santísimo antes de venir a la Tierra”.

Los recuerdos de Edson, generalmente, son muy conocidos entre los adventistas del séptimo día. Y algunos parecen pensar que fue por su “visión” que la iglesia recibió la doctrina del Santuario.

Pero, necesitamos preguntarnos si sus visiones o revelaciones (o las de cualquier otro) son el fundamento adecuado para una doctrina. Por otra parte, ¿y si el adventismo nunca hubiese tenido un informe de la experiencia de Edson? ¿Qué diferencia habría? ¡Ninguna!

Hiram sigue diciendo que Crosier (que estuvo viviendo con él parte del tiempo) y el Dr. F. B. Hahan estudiaron con él el tema del Santuario, con la Biblia en mano. Crosier hizo un estudio exhaustivo, y Edson y Hahan aceptaron financiar para su publicación.

Este es el punto importante. A lo sumo, la experiencia de Edson señalaba hacia una posible interpretación del significado del Santuario. Pero, el estudio de la Biblia y solo el estudio de la Biblia podía brindar una base sólida.

Nosotros debemos erigir todas nuestras enseñanzas sobre el sólido estudio de la Biblia. ¡SIEMPRE!

Nueva luz sobre el Santuario -3

[Los servicios del santuario terrenal] sirven a lo que es figura y sombra de las cosas celestiales, como se le advirtió a Moisés cuando iba a erigir el tabernáculo, diciéndole: Mira, haz todas las cosas conforme al modelo que se te ha mostrado en el monte. Hebreos 8:5.

Ayer conocimos a O. R. L. Crosier, el amigo de Hiram Edson que dedicó tiempo al estudio intensivo y extensivo de la Biblia sobre el significado del Santuario y la purificación que tendría lugar al final de los 2.300 días de Daniel 8:14. Al escribir en el *Day Dawn*, publicado por Edson y F. B. Hahn, Crosier expuso sus hallazgos en forma muy sistemática. Una de sus primeras conclusiones fue que la interpretación de Miller era errada, puesto que “la palabra Santuario no puede aplicarse a la Tierra bajo ningún principio”. Crosier, obviamente, tiene su concordancia a mano cuando señala que “la palabra Santuario aparece 104 veces en la Biblia: 100 en el Antiguo Testamento [...] y 4 veces en el Nuevo Testamento, todas en la Epístola a los Hebreos”.

Más adelante en su artículo, Crosier concluye que el Santuario de Daniel 8:14 posiblemente no sea el Santuario judío, ya que este había sido irremediamente destruido. “Sin embargo, aunque el Santuario judío dejó de ser *el* Santuario hace 1.800 años, existió algo más hasta el final de los 2.300 días que se llamó *el santuario*, y al final de ese período iba a someterse a un cambio que se expresa mediante la palabra ‘purificado’, ‘justificado’, ‘vindicado’ o ‘declarado justo’”.

Una cosa es clara en el libro de Hebreos, señaló Crosier: “Que Cristo, en su ascensión, entró en el lugar del que el Santuario judío era figura, modelo o tipo, y ese es el lugar de su ministerio durante la dispensación evangélica”. El libro de Hebreos indica incuestionablemente que ‘tenemos tal sumo sacerdote, *el cual se sentó a la diestra del trono de la Majestad EN LOS CIELOS, MINISTRO DEL SANTUARIO...*’ Este es el único texto del Nuevo Testamento en el que se encuentra la palabra santuario, salvo los tres que hablan del Santuario judío. Y ahora nos sentimos seguros al afirmar que no existe ninguna autoridad bíblica para llamar santuario a cualquier otra cosa, bajo la dispensación evangélica, que el lugar del ministerio de Cristo en los cielos, desde el momento de su ascensión al Padre hasta su segunda venida”.

Hoy, podemos agradecer a Dios porque tenemos a Jesús como nuestro Sumo Sacerdote en el Santuario celestial. “Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos” (Heb. 7:25). ¡Amén!

Nueva luz sobre el Santuario -4

Por lo cual puede también salvar perpetuamente a los que por él se acercan a Dios, viviendo siempre para interceder por ellos. Hebreos 7:25.

Crosier había comenzado a escribir acerca del Santuario celestial ya en marzo de 1845. Pero, fue el 7 de febrero de 1847 cuando presentó su interpretación completa del tema, en un artículo titulado “La ley de Moisés”.

Podemos resumir las conclusiones más importantes de “La ley de Moisés” de la siguiente manera: 1) Existe un Santuario literal en el cielo. 2) El Santuario hebreo era una representación visual completa del plan de salvación, inspirado en el modelo del Santuario celestial. 3) Así como los sacerdotes terrenales tenían un ministerio en dos fases en el Santuario del desierto, así Cristo tiene un ministerio de dos fases en el celestial. La primera fase comenzó en el Lugar Santo en ocasión de su ascensión; la segunda, el 22 de octubre de 1844, cuando Cristo pasó del primer compartimento del Santuario celestial al segundo. De modo que el Día de la Expiación antitípico, o celestial, comenzó en esa fecha. 4) La primera fase del ministerio de Cristo se ocupó del perdón, mientras la segunda conlleva la eliminación de los pecados, y la purificación del Santuario y de los creyentes individuales. 5) La purificación de Daniel 8:14 significaba una purificación del pecado y, por lo tanto, se efectuaba mediante la sangre, y no el fuego. 6) Habría un período de tiempo entre el comienzo del ministerio de Cristo en el segundo compartimento y la Segunda Venida.

Los resultados del estudio bíblico de Crosier habían respondido a las preguntas sobre la identificación del Santuario y la naturaleza de la purificación. Además, indicaban lo que había ocurrido al finalizar la profecía de los 2.300 días de Daniel 8:14.

El artículo de Crosier no pasó inadvertido, por lo que llegaría a ser conductor de los adventistas sabatarios. Ya en mayo de 1846, José Bates recomendó el tratado de Crosier sobre el Santuario como “superior a cualquier cosa que exista de este tipo”.

Al año siguiente, Elena de White escribió que “el Señor me mostró en visión, hace más de un año, que el hermano Crosier tenía la luz verdadera sobre la purificación del Santuario, etc.; y que era su voluntad que el hermano C. describiera la postura que nos dio en el *Day-Star*, *Extra*, del 7 de febrero de 1846” (WLF 12).

Podemos estar agradecidos porque no solo Dios tiene un plan para salvar a su pueblo de sus pecados, sino también este avanza hacia su culminación mientras Cristo ministra en nuestro favor en el cielo.

Nueva luz sobre el Santuario -5

Fue, pues, necesario que las figuras de las cosas celestiales fuesen purificadas así; pero las cosas celestiales mismas, con mejores sacrificios que estos. Porque no entró Cristo en el santuario hecho de mano, figura del verdadero, sino en el cielo mismo para presentarse ahora por nosotros ante Dios.

Hebreos 9:23, 24.

Dada la importancia de la enseñanza de Daniel 8:14 sobre la purificación del Santuario al final de los 2.300 días para el “adventismo de la puerta cerrada”, no es de extrañar que descubramos que había otros, aparte de Hiram Edson, O. R. L. Crosier y F. B. Hahn, preocupados por la identidad del Santuario y su purificación, y por lo que ocurriría al terminar la profecía de los 2.300 días.

Otros estudiosos que han publicado respecto del tema incluyen a Emily C. Clemons, que editó una revista, a mediados de 1845, titulada gráficamente *Hope Within the Veil* [Esperanza dentro del velo], y G. W. Peavey, que en abril de 1845 enseñaba que Cristo había “cerrado la obra tipificada por los servicios diarios anteriores al décimo día del séptimo mes, y en ese día pasó al Santísimo”.

Peavey también vio una interrelación entre Daniel 8:14, Hebreos 9:23 y 24 y Levítico 16, y concluyó que el Lugar Santísimo del Santuario celestial necesitaba de purificación mediante la sangre de Cristo, en el Día de la Expiación antitípico. Sin embargo, creía que la purificación del Santuario celestial había ocurrido el 22 de octubre de 1844, mientras que Crosier y sus amigos consideraban que la expiación era un proceso inconcluso, que había comenzado en esa fecha. Fue la interpretación de Crosier la que finalmente se incorporaría al adventismo sabatario.

Las primeras visiones de Elena Harmon también tocaron el tema del Santuario. A principios de 1845, ella informó una visión durante la cual vio “al Padre levantarse del trono, y en un carro de llamas entró en el Lugar Santísimo, al interior del velo, y se sentó”, al comienzo de la segunda fase del ministerio celestial de Cristo (PE 54).

Si bien su visión armonizaba con las conclusiones de Crosier y otros, basadas en la Biblia, debemos recordar que ella no tenía preeminencia ni autoridad en el adventismo en ese tiempo. Ella era casi una desconocida, para los actores principales de la teología del Santuario en desarrollo. Para ellos, ella era, simplemente, una muchacha de 17 años que afirmaba tener visiones, en medio de las voces conflictivas de un adventismo de la puerta cerrada literalmente rebasado por una multitud de personas que decían tener dones carismáticos.

Gracias, Padre, porque estás dispuesto a guiar nuestra mente, al tratar de conocer tu gran plan de redención.

La primera visión de Elena de White

-1

Y después de esto derramaré mi Espíritu sobre toda carne, y profetizarán vuestros hijos y vuestras hijas. Joel 2:28.

En diciembre de 1844, Elena Harmon estaba orando junto con otras cuatro mujeres en la casa de una tal señora Haines, de Portland, Maine. “Mientras orábamos”, observa Elena, “el poder de Dios descendió sobre mí como nunca hasta entonces” (NB 71).

En cuanto a la experiencia, escribió: “Mientras estaba orando ante el altar de la familia, el Espíritu Santo descendió sobre mí, y me pareció que me elevaba más y más, muy por encima del tenebroso mundo. Miré hacia la Tierra para buscar al pueblo adventista, pero no lo hallé en parte alguna, y entonces una voz me dijo: ‘Vuelve a mirar un poco más arriba’. Alcé los ojos, y vi un sendero recto y angosto trazado muy por encima del mundo. El pueblo adventista andaba por ese sendero en dirección a la ciudad, que se veía en su último extremo. En el comienzo del sendero, detrás de los que ya andaban, había una brillante luz, que, según me dijo un ángel, era el ‘clamor de medianoche [la predicación de la fecha del 22 de octubre como el cumplimiento de Daniel 8:14].

“Esta luz brillaba a todo lo largo del sendero, y alumbraba los pies de los caminantes para que no tropezaran. Delante de ellos, iba Jesús guiándolos hacia la Ciudad, y si no apartaban los ojos de él, iban seguros.

“Pero, no tardaron algunos en cansarse, diciendo que la Ciudad estaba todavía muy lejos, y que contaban con haber llegado más pronto a ella. Entonces, Jesús los alentaba [...].

“Otros negaron temerariamente la luz que brillaba tras ellos, diciendo que no era Dios quien los había guiado hasta allí. Pero entonces, se extinguió para ellos la luz que estaba detrás y dejó sus pies en tinieblas, de modo que tropezaron y, perdiendo de vista el blanco y a Jesús, cayeron fuera del sendero abajo, en el mundo sombrío y perverso [...].

“Pronto se volvieron nuestros ojos hacia el oriente, donde había aparecido una nubecilla negra del tamaño de la mitad de la mano de un hombre, que era, según todos comprendían, la señal del Hijo del Hombre. En solemne silencio, contemplábamos cómo iba acercándose la nubecilla, volviéndose cada vez más esplendorosa hasta que se convirtió en una gran nube blanca [...].

“Luego, resonó la argentina trompeta de Jesús, a medida que él iba descendiendo en la nube [...]. Miró las tumbas de sus santos dormidos. Después, alzó los ojos y las manos hacia el cielo, y exclamó: ‘¡Despertad! ¡Despertad! ¡Despertad los que dormís en el polvo, y levantaos!’ ” (PE 14-16).

La primera visión de Elena de White

-2

Y en los postreros días, dice Dios, derramaré de mi Espíritu sobre toda carne, y vuestros hijos y vuestras hijas profetizarán. Hechos 2:17.

Curiosamente, la primera visión de Elena de White no abordó el tema del Santuario ni su purificación. Más bien, tuvo la intención de animar a los chasqueados adventistas milleritas, ofreciéndoles seguridad y consuelo. Más específicamente, les dio instrucciones en cuanto a varios temas.

Primero, indicaba que el movimiento del 22 de octubre no había sido un error; al contrario, el 22 de octubre había sido testigo del cumplimiento de la profecía. Como tal, era una “brillante luz” tras ellos, destinada a ayudar a los adventistas chasqueados a orientarse mejor y a guiarlos en el futuro. Es interesante notar que Elena Harmon había renunciado a sus creencias en el mensaje de octubre el mes anterior a su primera visión. De modo que la visión revirtió su propio pensamiento.

Segundo, la visión indicaba que Jesús continuaría guiándolos, pero necesitaban mantener la vista fija en él. Así, el adventismo tuvo dos focos para su orientación: el acontecimiento de octubre en la historia pasada y la continua dirección de Jesús en el futuro.

Tercero, la visión parecía dar a entender que pasaría más tiempo de lo esperado antes de que Jesús viniera otra vez.

Cuarto, fue un error grave renunciar a su experiencia vivida en el movimiento de 1844 y afirmar que no había sido de Dios. Los que llegaron a esa conclusión se dejaron llevar por las tinieblas espirituales y perdieron el rumbo.

La primera visión de Elena de White proveyó una cantidad de lecciones positivas. Pero, por favor, observa una cosa: no indicaba *qué* había pasado el 22 de octubre de 1844; *ese conocimiento se aclararía mediante el estudio de la Biblia*. En vez de brindar explicaciones específicas, la primera visión de Elena meramente destacaba el hecho de que Dios verdaderamente estaba guiando a su pueblo, a pesar de su chasco y confusión. Fue la primera señal de su cuidado y conducción proféticos a través de Elena Harmon.

El tema de que Dios dirige a su pueblo a través de los peligros y los escollos de la historia se convertiría en el tema central de su ministerio. Llegaría a su madurez en los cinco libros importantes que trazan la historia de la conducción de Dios desde la entrada del pecado, en *Patriarcas y profetas*, hasta la culminación del plan de Dios, en *El conflicto de los siglos*.

Gracias a Dios hoy, por su continua dirección.

El llamado a testificar

No temas, sino habla, y no calles. Hechos 18:9.

Aproximadamente una semana después de su primera visión, Elena tuvo una segunda, que le indicaba que contara a otros adventistas lo que Dios le había revelado a ella. También, le decía que enfrentaría una gran oposición.

Ella se resistió a su deber; después de todo, razonó, tenía mala salud, apenas tenía 17 años y era tímida por naturaleza. “Durante algunos días”, explicó más adelante, “rogué a Dios que me quitase de encima aquella carga y la transfiriese a alguien más capaz de sobrellevarla. Pero, no se alteró en mí la conciencia del deber, y continuamente resonaban en mis oídos las palabras del ángel: ‘Comunica a los demás lo que te he revelado’ ” (NB 76). Continuó señalando que prefería morir antes que hacer la tarea que tenía por delante. Habiendo perdido la dulce paz que había venido con su conversión, una vez más estaba desesperada.

No es de extrañar que Elena Harmon se sintiera consternada al tener que hacer público todo esto. Después de todo, la población en general despreciaba abiertamente a los milleritas. En el verano de 1844, José Smith, el “profeta” mormón, perdió su vida a manos de una turba en Illinois, mientras a fines de 1844 y principios de 1845 surgió una gran cantidad de “profetas” adventistas de carácter cuestionable, y un buen número de ellos actuaba en Maine. Y en la primavera de 1845, los adventistas de Albany votarían que “no tenían ninguna confianza en ningún mensaje, visión, sueño, lengua, milagro, don extraordinario ni revelación nuevos”, etc.

En ese clima, no es de extrañar que la joven Elena Harmon tratara de evitar su llamado al ministerio profético. Pero, a pesar de sus temores personales, se aventuró a salir y comenzó a presentar los consoladores consejos de Dios a los adventistas confundidos.

Incluso una mirada superficial a varias de sus primeras declaraciones autobiográficas indica que enfrentó mucho fanatismo y oposición personal. Algunas de sus primeras visiones abordaban el fanatismo y la oposición, dando consejos y reprendiendo lo que a menudo era de naturaleza muy personal.

Hoy, oh, Señor, ayúdanos a ser fieles en el lugar donde nos has puesto para hacer resonar el mensaje que nos has dado.

La relación de los dones espirituales con la Biblia -1

Y él mismo constituyó a unos, apóstoles; a otros, profetas; a otros, evangelistas; a otros, pastores y maestros, a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Efesios 4:11-13.

Los primeros adventistas sabatarios sostenían que la Biblia enseñaba que los dones espirituales, incluyendo el profético, existirían en la iglesia hasta la Segunda Venida. Urias Smith les proveyó una ilustración que presenta muy bien esta idea. “Supongamos”, escribió, “que estamos a punto de iniciar un viaje. El dueño de la embarcación nos da un libro de indicaciones y nos dice que contiene suficientes instrucciones para todo el viaje, y si les prestamos atención llegaremos a salvo a nuestro puerto de destino.

“Al zarpar, abrimos nuestro libro para aprender sus contenidos. Descubrimos que su autor establece principios generales para gobernarnos en nuestro viaje y nos instruye, en la medida de lo posible, tocando las diferentes contingencias que pueden surgir, hasta el fin. Pero, además, nos dice que la última parte del viaje será especialmente peligrosa; que las características de las costas cambian constantemente, debido a las arenas movedizas y las tempestades; ‘pero para esta parte del viaje’, dice, ‘les proporcioné un piloto, que se reunirá con ustedes y les dará instrucciones que requieran las circunstancias que los rodeen y el peligro; y deben prestarle atención a él’.

“Con estas indicaciones, llegamos al tiempo peligroso especificado, y aparece el piloto, según la promesa. Pero algunos de la tripulación, cuando él ofrece sus servicios, se levantan contra él. ‘Nosotros tenemos el libro de instrucciones original’, dicen, ‘y eso es suficiente para nosotros. Nos basamos en él, y solo en él; no queremos tener nada que ver con usted’.

“¿Quién tiene en cuenta ahora ese libro de instrucciones original? ¿Los que rechazan al piloto o los que lo reciben, según las instrucciones del libro? Juzguen ustedes.

“Pero algunos [...] pueden enfrentarnos en este punto diciendo: ‘Entonces tomarían a la hermana White como nuestro piloto, ¿verdad?’ Es anticiparse a cualquier esfuerzo en esta dirección la forma en que está redactada esta frase. Nosotros no decimos eso. Lo que sí decimos claramente es esto: que los dones del Espíritu son dados por nuestro Piloto por causa de estos tiempos peligrosos, y cada vez que hallamos manifestaciones auténticas como estas, estamos obligados a respetarlas, a estas y a las personas que las portan. No podemos hacer lo contrario, pues de ese modo rechazamos la Palabra de Dios, que nos manda recibirlas”.

Una lección secundaria sobre el restauracionismo

Y los tuyos edificarán las ruinas antiguas; los cimientos de generación y generación levantarás, y serás llamado reparador de portillos, restaurador de calzadas para habitar. Isaías 58:12.

Al originarse en forma independiente en varias partes de los Estados Unidos alrededor de 1800, el restauracionismo apuntaba a reformar las iglesias recuperando todas las enseñanzas del Nuevo Testamento. Los restauracionistas rechazaban la postura de que la Reforma era algo que ocurrió únicamente en el siglo XVI, y postulaban que la Reforma comenzó en ese entonces, pero continuaría hasta que desaparecieran los últimos vestigios de la tradición y hasta que las enseñanzas de la Biblia estén firmemente en su lugar en la iglesia. La tarea del movimiento restauracionista era completar la reforma inconclusa.

Los restauracionistas propugnaban una postura radical de *sola scriptura*. Demandaban evidencias bíblicas para cualquier postura que establecieran. La Biblia debía ser su única base de fe y práctica. El movimiento también era anticredo. Una frase popular entre sus adherentes era que “no tenemos otro credo que la misma Biblia”.

El espíritu del movimiento restauracionista sentó las bases para una gran agenda teológica para la mayoría de los protestantes estadounidenses a comienzos del siglo XIX. Promovía la actitud de regreso a la Biblia que impregnaba la mentalidad protestante estadounidense de la época.

Una rama del movimiento tuvo especial importancia para los adventistas del séptimo día: la Conexión Cristiana. Jaime White y José Bates (dos de los tres fundadores del adventismo) eran miembros de ella.

Esos dos hombres llevaron consigo al adventismo la filosofía con orientación bíblica de la Conexión Cristiana, y su impulso para devolver a la iglesia *todas* las enseñanzas perdidas de la Biblia. Estaban convencidos de que esa restauración debía ocurrir antes de la Segunda Venida.

Una postura restauracionista de la historia continúa influyendo en el adventismo actual. Tomemos, por ejemplo, las palabras iniciales de la Declaración de las Creencias Fundamentales de la Iglesia: “Los adventistas del séptimo día aceptan la Biblia como su único credo”. Más allá de eso, *El conflicto de los siglos*, de Elena de White, se basa en un modelo restauracionista, al trazar la recuperación de las enseñanzas bíblicas perdidas en los primeros siglos del cristianismo, comenzando con la Reforma y extendiéndose hasta el *escatón*.

Como adventistas del séptimo día, podemos estar agradecidos de pertenecer a un movimiento que es sólido en la Escritura.

La relación de los dones espirituales con la Biblia -2

Y a unos puso Dios en la iglesia, primeramente apóstoles, luego profetas, lo tercero maestros, luego los que hacen milagros, después los que sanan, los que ayudan, los que administran, los que tienen don de lenguas. 1 Corintios 12:28.

La Conexión Cristiana causó un fuerte impacto en el adventismo sabatario, incluyendo su visión de los dones espirituales.

Nos enteramos de la visión conexionista sobre el tema a través de los escritos de William Kinkade (n. 1783), uno de los teólogos principales del movimiento. Kinkade escribió, en 1829, que en sus primeros años había rehusado que lo llamaran por “cualquier otro nombre que no fuese el de *cristiano*”, y que no tomaría ningún otro libro como “norma que no sea la *Biblia*”.

Indudablemente, estaba en lo cierto en cuanto a la autoridad suprema de la Biblia en cuestiones religiosas. Sin embargo, en su extenso debate acerca de la “restauración del antiguo orden de cosas”, afirmaba que no podía aceptar que hubiese “ni una pulgada de diferencia” respecto del orden del Nuevo Testamento.

Y en el centro del orden neotestamentario, argumentaba, había dones espirituales, incluyendo, escribió: “el don de profecía, enunciado en lugares como 1 Corintios 12:8 al 31 y Efesios 4:11 al 16. La presencia de los dones espirituales en la iglesia es *el orden antiguo de las cosas*; todo el que se opone a esto se opone al cristianismo primitivo. Decir que Dios hizo que estos dones cesaran es lo mismo que decir que Dios ha abolido el orden de la iglesia neotestamentaria [...]. Estos dones constituyen el antiguo orden de las cosas”.

Kinkade sugirió que no se trataba de dones temporales que terminaron con la era apostólica, sino que “estos dones, como están formulados en la Biblia, componen el ministerio evangélico” como se establece en el Nuevo Testamento.

La teología neotestamentaria de la perpetuidad de los dones espirituales, de William Kinkade, en el contexto de la Biblia como la única fuente de autoridad, es importante para comprender el adventismo del séptimo día primitivo, ya que dos de los tres fundadores de nuestra confesión habían sido activos en la Conexión Cristiana. Jaime White y José Bates entraron en el adventismo sabatario desde un movimiento que se atenia a la Biblia como el único determinante de fe y práctica, y la continuación de los dones espirituales.

El delicado equilibrio entre los dos se refleja en los escritos de Jaime White, que marcó la pauta para la función apropiada de los dones espirituales en la iglesia.

Nuestro Padre Dios, te agradecemos por haberte preocupado por tu iglesia lo suficiente como para derramar los dones del Espíritu. Ayúdanos a ser sabios en nuestro uso de tus dones.

La relación de los dones espirituales con la Biblia -3

No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno. 1 Tesalonicenses 5:19-21.

Qué fácil es menospreciar a cualquiera que afirme tener el don de profecía. Después de todo, tenemos la Biblia. Y además, mucha gente desquiciada y cuestionable ha hecho esas afirmaciones a lo largo de la historia. A la luz de esos hechos, es natural dudar, si no despreciar.

Por otro lado, está el consejo bíblico sobre el tema: “No apaguéis al Espíritu. No menospreciéis las profecías. Examinadlo todo; retened lo bueno” (1 Tes. 5:19-21).

Menospreciar abiertamente a quienes aseveran tener el don de profecía no era una opción para los cristianos del Nuevo Testamento. Al contrario, la Biblia requiere que los “prueben”.

La Biblia, afortunadamente, no solo nos recomienda que los evaluemos; también sugiere algunas formas para hacerlo. Una aparece en el Sermón del Monte, en que Jesús nos ordena: “Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas, pero por dentro son lobos rapaces. Por sus frutos los conoceréis [...]. Todo buen árbol da buenos frutos, pero el árbol malo da frutos malos” (Mat. 7:15-17).

Aplicado a alguien que diga ser profeta, necesitamos evaluar los resultados de los principios que propugna y si su vida refleja el cristianismo del Nuevo Testamento.

Otra prueba aparece en 1 Juan 4. Nos indica: “Probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. En esto conoced el Espíritu de Dios: Todo espíritu que confiesa que Jesucristo ha venido en carne, es de Dios; y todo espíritu que no confiesa que Jesucristo ha venido en carne, no es de Dios” (vers. 1-3).

Debemos preguntarnos: ¿cuál es el testimonio acerca de Jesús que da aquel que asevera ser profeta?

Isaías 8:20 presenta una tercera prueba: las enseñanzas de esa persona ¿conducen con la Biblia?

Todos esos son criterios importantes, pero aún más importante es si sus enseñanzas se dirigen a ellos mismos y a su propia palabra, o a Jesús y la Biblia.

Aquellos primeros adventistas se vieron obligados a acudir a sus Biblias, al tratar de evaluar las afirmaciones de la joven Elena Harmon White y de otros, a finales de la década de 1840. Y no siempre fue fácil tomar decisiones.

Todavía no es fácil hoy. Pero, ese no es el tema. Tenemos un mandamiento.

Ayúdanos hoy, Padre, a convertirnos en estudiantes entusiastas de tu Palabra, con el fin de que podamos evaluar mejor todas las cosas espirituales.

Examinar al profeta -1

Guardaos de los falsos profetas, que vienen a vosotros con vestidos de ovejas [...]. Por sus frutos los conoceréis. Mateo 7:15, 16.

Ayer vimos el mandato bíblico de examinar a los que dicen tener el don profético. Los primeros adventistas sabatarios hicieron justamente eso.

Tomemos a José Bates, por ejemplo. Después de observar varias veces a Elena de White en visión, declaró que él era un “Tomás que dudaba”. “No creo en sus visiones”, dijo. “Pero, si pudiera creer que el testimonio que la hermana ha relatado hoy verdaderamente era la voz de Dios para nosotros, sería el hombre vivo más feliz”.

Afirmó que su mensaje lo conmovió profundamente; creyó que era sincera y estaba un tanto desconcertado en cuanto a la experiencia de ella. “Aunque no pude ver nada en [las visiones] que militara contra la Palabra”, escribió más adelante, “sin embargo, me sentí alarmado y probado al máximo, y por mucho tiempo [fui] reacio a creer que fuese nada más que el producto de un prolongado estado de debilitamiento de su cuerpo”.

Pero, aunque tenía sus dudas, no dejó de prestarle atención. Al salir de la Conexión Cristiana, al menos estaba abierto a la idea de que los dones del Espíritu Santo presentados en el Nuevo Testamento (incluyendo el de profecía) seguirían activos en la iglesia hasta el regreso de Cristo.

Como resultado, Bates decidió investigar lo que Elena afirmaba que era el don de profecía divino. “Por lo tanto”, escribió, “busqué oportunidades en presencia de otros, cuando la mente de ella parecía libre de emociones (fuera de una reunión), para interrogarla y hacer un careo entre ella y sus amigas que la acompañaban, especialmente con su hermana mayor, para llegar en lo posible a la verdad”. Cuando ella estaba en visión, agregó Bates: “Escuchaba cada palabra y observaba cada movimiento, para detectar si había algún engaño o influencias mesmerianas”.

Con Bates, encontramos un estudio de caso de una persona que luchaba entre la productividad natural a rechazar una afirmación individual de don profético, y el mandato bíblico de probar y aceptar lo que es bueno (1 Tes. 5:19-21).

Volveremos sobre la lucha de Bates respecto del tema. Pero, debemos ser honestos con nosotros mismos: ¿Cómo es conmigo? ¿Tengo la mente y el corazón realmente abiertos? ¿O estoy tan lleno de prejuicios en contra (o a favor) de un don semejante que cierro los ojos ante las evidencias? Que Dios nos conceda una visión clara y un corazón abierto en cuanto a esto.

Examinar al profeta -2

Amados, no creáis a todo espíritu, sino probad los espíritus si son de Dios; porque muchos falsos profetas han salido por el mundo. 1 Juan 4:1.

El punto de inflexión en la evaluación de Bates sobre el don de Elena de White se dio en noviembre de 1846, en Topsham, Maine, cuando ella tuvo una visión que incluía datos astronómicos. Como ex mariner, Bates estaba muy familiarizado con el tema.

Posteriormente, habló a J. N. Loughborough de su experiencia en Topsham. “Una noche, en presencia del hermano Bates, que todavía no creía en las visiones”, informa Loughborough, “la señora de White tuvo una visión, en la que pronto comenzó a hablar de estrellas. Dio una descripción brillante de los cinturones teñidos de rosa que veía a través de la superficie de algún planeta, y luego añadió: ‘Veo cuatro lunas’. ‘Oh’, dijo el hermano Bates, ‘está viendo Júpiter’. Ella continuó describiendo varios otros fenómenos astronómicos”.

Después de que Elena de White salió de visión, Bates le preguntó si alguna vez había estudiado astronomía. “Yo le dije”, recuerda ella, “que no recordaba haber mirado jamás un libro que tratase de esta ciencia” (NB 106).

La evidencia había sido suficiente para el escéptico Bates. De allí en más, creyó firmemente que ella tenía el don divino. Para abril de 1847, había llegado a la conclusión de que Dios le había dado el don a ella, “para consolar y fortalecer a su pueblo ‘diseminado’, ‘destrozado’ y ‘pelado’ ” desde el chasco de 1844.

Y, en enero de 1848, Bates instó a sus lectores a no rechazar la obra de Elena de White “debido a su infancia y a sus enfermedades corporales, y a la falta de conocimiento mundano”. Después de todo, señaló, “el método de Dios ha sido usar las cosas débiles de este mundo para confundir a los entendidos y los poderosos”. El Señor, según Bates, estaba empleándola a ella con el propósito de “animar a la manada pequeña”, en el preciso momento en que muchos de los dirigentes anteriores la estaban desamparando.

“Una vez”, observó, “tardé en creer que las visiones de esta hermana eran de Dios”. Sin embargo, “no me opuse a ellas, porque la Palabra del Señor es muy clara en que se darán visiones espirituales a su pueblo en los últimos días”.

Y así fue. Nuestra tarea es no despreciar, sino examinar. Que Dios nos ayude con esa tarea.

Bates recibe el sábado -1

Acuérdate del día de reposo para santificarlo. Seis días trabajarás, y harás toda tu obra; mas el séptimo día es reposo para Jehová tu Dios. Éxodo 20:8-10.

Los adventistas del séptimo día consideramos que José Bates es el apóstol del sábado. Pero, debemos preguntarnos cómo dio con el tema.

La respuesta a esa pregunta tiene más de una bifurcación. Por un lado, desde que se hizo cristiano, guardó el domingo como día de reposo. Y hasta llegó a imponer su posición a su tripulación cuando capitaneaba un barco.

Un segundo camino, indudablemente, tuvo que ver con su estudio de las profecías. Después de todo, un estudiante del libro de Apocalipsis no tiene ninguna dificultad en comprender que los Mandamientos de Dios serán guardados en el tiempo del fin (ver Apoc. 12:17; 14:12).

Pero ¿cómo se sensibilizó Bates respecto del hecho de que el día de reposo del Nuevo Testamento es el sábado, y no el domingo?

Allí es que entran en el cuadro los Bautistas del Séptimo Día. Ese grupo nunca ha sido gente evangélica agresiva. En los Estados Unidos, había solamente seis mil de ellos en 1840. Y, para el año 2000, las cifras se habían reducido a cuatro mil ochocientos; un veinte por ciento menos de miembros en 160 años. En otras palabras, la evangelización nunca ha sido el traje que mejor les queda.

Pero, durante al menos una vez en su historia sí fueron agresivos. En el Congreso de su Asociación General de 1841, concluyeron que Dios “requería” evangelización sobre el tema del sábado. Entonces, informa Merlin Burt, en 1842 la Sociedad de Publicaciones de esta confesión “comenzó a publicar una serie de folletos con el objetivo de ‘introducir el sábado’ al ‘público católico’ “. Nuevamente, en el Congreso de su Asociación General de 1843 una vez más resolvieron que era su “deber solemne” iluminar a sus compatriotas sobre el tema del día de reposo sabático.

Sus esfuerzos tuvieron algunos resultados positivos. En su reunión de 1844, los bautistas del séptimo día agradecieron a Dios porque “había surgido un interés más profundo y amplio sobre el tema como nunca antes se había visto en nuestro país”.

La historia de estos bautistas nos dice que la verdad es algo bueno; pero, también indica que incluso la verdad no puede hacer nada de bueno si la gente simplemente se “sienta” sobre ella.

Recién cuando tomaron una decisión consciente de permitir que su luz brillara sobre el tema, comenzaron a ocurrir cosas. Nosotros todavía necesitamos esa clase de decisiones, para hacer brillar la luz en la actualidad.